

CONSPIRACIÓN OCTOPUS

CONSPIRACIÓN OCTOPUS

Daniel Estulin

Traducción de Joan Soler Chic



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito • Santiago de Chile

La mayor parte de lo que están a punto de leer existe y es real en un universo paralelo de humo y espejos. Este mundo, desconocido para la mayoría, es un lugar donde los gobiernos, los servicios de inteligencia y las sociedades secretas luchan por hacerse con el control.

En este libro leerán sobre operaciones trascendentales e inconcebibles. A la mayoría de la gente le gustaría atribuir las a la mente imaginativa de un escritor de ficción. Nada más lejos de la verdad. PROMIS es real. Y no menos real e igual de aterrador es el mundo de Lila Dorada. Las descripciones que aparecen en esta novela sobre operaciones secretas extraoficiales son precisas y están bien documentadas, gracias al acceso a decenas de miles de fuentes originales y documentos nunca vistos hasta ahora, guardados bajo llave y enterrados en archivos, tanto gubernamentales como particulares.

Prefacio

Izvestia Russian Daily
Domingo, 24 de enero de 2010
PORTADA

Unidad secreta japonesa vinculada a crímenes
contra la humanidad durante la Segunda Guerra Mundial

Moscú, 24 de enero

Por uno de esos caprichos del destino, están saliendo a la luz atrocidades incalificables cometidas durante la Segunda Guerra Mundial por una unidad médica secreta de experimentación, conocida como Unidad 731, del Ejército Imperial japonés en el tristemente famoso campo de exterminio de Pingfan, Manchuria. Desde 1936 hasta 1943, en la Unidad 731 fueron asesinados entre 300.000 y 500.000 hombres, mujeres y niños. Las atrocidades allí cometidas fueron peores que las de los campos nazis. El sufrimiento duró mucho más..., y no sobrevivió ni un solo prisionero.

Durante más de sesenta y cinco años, las macabras actividades de guerra biológica de la Unidad 731 de Japón fueron el secreto más horrible y duradero de la Segunda Guerra Mundial. Durante más de sesenta y cinco años los gobiernos estadounidense, británico y japonés negaron una y otra vez que esos hechos se

hubieran producido. Hasta que, de pronto, intervino el destino y la historia empezó a reescribirse a sí misma palabra por palabra. Y un ser humano sufriente tras otro fueron abriéndole paso a la verdad.

El distrito de Kanda, en la periferia de Tokio, es la meca de las librerías de segunda mano. Comparables con las de Charing Cross Road en Londres, son frecuentadas por universitarios en busca de ocasiones. En 1984, un estudiante que miraba en una caja de viejos documentos desechados pertenecientes a un antiguo oficial del ejército, descubrió el asombroso secreto de la Unidad 731. Los documentos revelaban detallados informes médicos sobre individuos que padecían tétanos, desde el inicio de la enfermedad hasta el espantoso final. Sólo había una explicación, pensó el estudiante: experimentos con seres humanos. Por casualidad se había descubierto el secreto mejor guardado de la Segunda Guerra Mundial.

Pasarían otros doce años hasta que los primeros implicados, hombres de cabello blanco y modales suaves, empezaran a ponerse en fila para contar sus historias antes de morir. No obstante, el destino hizo acto de presencia en su forma más cruel. Uno a uno, los testigos vivos de los experimentos de la Unidad 731 fueron muriendo, llevándose sus secretos a la tumba. Al parecer, unos fallecieron por causas naturales y otros debido a accidentes inexplicados. A principios de 2008 todos habían muerto menos uno, Akira Shimada, un anciano frágil y viudo que vivía cerca de Osaka, y que desde 1939 hasta 1943 estuvo destinado en el Grupo Minato (investigaciones sobre disentería) de la Unidad 731.

Los oficiales estadounidenses encargados de interrogar a Akira Shimada después de la guerra le preguntaron por qué lo hizo. «Era una orden del emperador, y el emperador era Dios. No tuve elección. Si hubiese desobedecido, me habrían matado.» Tras tomar debida nota de la respuesta, los interrogadores militares bajo el mando directo de la Junta de Jefes del Estado Mayor clasificaron el informe como Doble Secreto. Los fiscales de los juicios por crímenes de guerra en Tokio fueron advertidos. A partir de entonces empezó el mayor encubrimiento de la gue-

rra; se hizo correr una cortina de secretos no muy distinta del Telón de Acero, y sin duda más duradera. Pasarían sesenta y tres años antes de que la historia de Akira Shimada viera la luz.

China Evening Post
Miércoles, 10 de febrero de 2010
PORTADA

Descubiertos secretos enterrados
de la Segunda Guerra Mundial

Pekín, 10 de febrero

La guerra en el Pacífico está plagada de historias sobre la crueldad de los japoneses contra ciudadanos chinos, así como contra soldados británicos y estadounidenses, entre otros. Las fuerzas imperiales japonesas no sólo utilizaron prisioneros de guerra como esclavos para construir su ferrocarril en Birmania, sino que realizaron con ellos terribles experimentos médicos en el cuartel general de la hermética Unidad 731, centro para armas de guerra biológicas y químicas de Japón. No obstante, mientras eso se producía, otra fuerza japonesa aún más furtiva se dedicaba a una labor tan secreta que pasaría a los anales de la historia como uno de los relatos más explosivos de la Segunda Guerra Mundial.

El proyecto llevaba el nombre de Lila Dorada y su cometido era saquear metódicamente el sudeste asiático. ¿De cuántos tesoros estamos hablando? Nadie lo sabe con exactitud, pero al parecer de China y el sudeste de Asia se rapiñaron cantidades tan enormes que, una vez terminada la guerra, Occidente decidió mantener dichas actividades en secreto.

Ahora, en su último libro, *Lila Dorada*, seguro que las revelaciones de la señora Lie D'an Luniset causarán un gran revuelo en Londres, Washington y Tokio, y con toda probabilidad contribuirán a que se interpongan demandas colectivas contra los gobiernos japonés y estadounidense. Según el editor de la señora

Luniset, el fantasmagórico tesoro está escondido en depósitos situados en la espesa jungla de Irian Jaya, en Indonesia, y alrededor de Rizal, en las laderas de Sierra Madre, la cadena montañosa más larga de Filipinas. Debido al intenso acoso de los medios, el paradero de la señora Luniset será un secreto celosamente guardado hasta la publicación de su obra, a principios de esta primavera.

Introducción

—Hoy el Banco Mundial ha dejado caer una bomba en los mercados de inversiones de todo el mundo, al avisar de que, pese al bombo publicitario de la recuperación en la que Washington y Wall Street intentan hacernos creer, esta gran crisis económica sólo está agravándose.

»Las palabras del Banco Mundial son sencillas y claras: “La recesión global se ha agravado hasta alcanzar niveles inimaginables sólo seis meses atrás.” Según el Banco Mundial, este año el Producto Interior Bruto de los países desarrollados con mayores ingresos disminuirá un 14,2 %, y el comercio global sufrirá un apabullante descenso del 39,7 %.

»En palabras del propio Banco Mundial, “el desempleo se halla en su peor nivel de la historia, y el número total de personas que viven por debajo del umbral de la pobreza se incrementará hasta alcanzar la cifra de casi tres mil millones”.

»Entretanto, destacadas voces del Congreso están pidiendo con insistencia al recientemente elegido presidente de Estados Unidos que suspenda temporalmente la Constitución por la creciente inquietud que reina en el país debido a la gravedad de la situación económica.

»Están escuchando WIBT 99.6 en su dial de FM.

1

La noche se resistía a ceder terreno. Desde las doce, como si llegaran puntualmente a una cita, los copos de nieve tapaban el campo circundante. El lento amanecer del invierno se abría camino por un cielo cobrizo, mientras, en el asfalto, la primera luz del día acariciaba una cinta azul que alguien había perdido. Las sombras de los árboles escarchados caían sobre la blancura como penachos azules.

Shawnee, Oklahoma, era la típica ciudad del Medio Oeste, un lugar abstracto que quizá no habría existido a no ser por una tímida mención, unos cincuenta años antes, en una de las revistas de viajes más populares de Estados Unidos.

Lo que entonces llevó a Shawnee a algunos papamoscas fue su arteria comercial de moteles recién construidos, con su neón y su imaginería figurativa, y los *drive-in* de moda de la zona sur, a lo largo de la vieja Carretera 90, denominada la Vieja Ruta Española. Era cariñosamente atractiva, con un estilo un tanto *kitsch*.

Pasó el tiempo, y la ciudad se fue haciendo más y más insustancial. La arteria comercial carecía ahora de vida, pues las modernas autopistas habían crecido en detrimento de las viejas carreteras. Con el tiempo, Shawnee se había convertido en una especie en vías de extinción rápida: una destartalada gasolinera a la que sólo se accedía por el extremo occidental; un puesto de refrescos cuyo propietario se sentaba en una silla de plástico ple-

gable, esperando a algún cliente y dando caladas a un cigarrillo. Y por fin el motel Merry Kone, un mamotreto de dos plantas y veintiocho habitaciones, con sus columnas de neón de los años cincuenta sobresaliendo de un edificio central, un vestíbulo con paneles de madera y un anticuado letrero de helados. Eso era todo lo que quedaba de la otrora orgullosa pero poco conocida Shawnsee.

La transformación antropomórfica de un cucurucho de helado recubierto de neón es lo único que se recuerda del artículo de la revista, de una época pasada y olvidada. Los «buenos tiempos» sin el «buenos». Las habitaciones eran más o menos iguales que las de cualquier otro motel del Medio Oeste americano. Hacía varias décadas que la pintura negra se había desconchado siguiendo patrones simétricos. Los raídos visillos tapaban las ventanas empañadas; la inadvertida puerta principal nunca cerraba. Las habitaciones eran de un marrón apagado, desgastado. De las alfombras emanaba un ligero olor a moho. Ni siquiera los productos de limpieza industriales podían borrar el tufo a deterioro.

Esa noche, un vigilante paticorto y regordete estaba sentado en un taburete, apoyado en la pared. Tenía las manos ásperas, y los dedos gruesos y sudorosos. A raíz de un forúnculo extirpado unos años antes, presentaba una cicatriz en la mejilla izquierda. La cicatriz, así como su recortado bigote color miel, provocaba una especie de incomodidad moral a quien lo mirara. La otra persona despierta era una asistente que unos minutos antes de las seis había fichado debidamente.

Para ella, eso significaba levantarse cada mañana a las cinco. Una peineta se erguía como un ala en su ondulada cabellera gris. Había envejecido con poca salud y ojeras. Tenía una frente ancha y despejada, los ojos de color aguamarina y una boca grande y roja con una pelusa negra sobre el labio.

Aquella noche nevosa y fatídica del 7 de febrero, en el motel Merry Kone de Shawnsee, Oklahoma, había seis huéspedes. Una pareja de edad avanzada camino de un entierro, un ruso nacionalizado estadounidense que decía continuamente «*nein*» en vez de «no», un camionero de piernas largas y flacas, y un hombre grandote y huesudo con papada y mucha grasa en el centro. Y en

la habitación 206 un periodista desempleado de treinta y tantos años: metro ochenta, el cuello esbelto, el pelo recortado, los ojos de un azul translúcido, las orejas algo prominentes. Lo que la mayoría de la gente recordaba de ese hombre era su mirada turbadora y penetrante. El resto de sus datos biográficos se hallarían en el bolsillo interior con cremallera de su elegante pero gastado abrigo.

Dormir... dormir profundamente. En la habitación 206 un hombre dormía agitado. La intensidad y el colorido de sus sueños aumentaban incluso cuando ya se acercaba la vigilia. «Un poco más», pensó. Se volvió y metió la mano debajo de la sábana, escuchando los relajantes sonidos del agua a lo lejos. «Excelente», se dijo a sí mismo. En la penumbra, una hermosa luz color mandarina había llenado las esferas de vidrio de un enorme reloj de arena. Se abrió una fachada naranja aterciopelada con una pequeña puerta y una señal blanca, invitándolo a entrar. Entornó los ojos para ver la placa de latón. Nada. De repente notó que su cuerpo era invadido por una creciente ligereza. Otra imagen: 1974. Saltó un charco, un escarabajo coprófago se había pegado a una rama..., y él corría por el campo, solo, bajo las espléndidas nubes. ¡Ay! Se pinchó el dedo gordo del pie. «Esto duele. Solo no... Con Simone.» Ella le coge la mano, el viento desbaratando sus trenzas. «No, no, ya me despierto.» Dormir, al fin, con un sueño profundo y desinhibido. «Todo va bien. Duerme, Danny, duerme.»

Estaba tan adormilado que no respondió enseguida cuando una aguja hipodérmica se insertó bajo una uña de su pie izquierdo. Aún nevaba un poco, pero, con la escurridiza imprevisibilidad de un ángel, la nieve cambiaba una y otra vez de dirección. «Bueno, bueno, se ha acabado», dijo Simone en voz baja mientras los dos salían de una glorieta y saltaban sobre un pozo y el arco iris. «¡Danny, Danny!» Él dio otro paso..., y todo terminó. Estaba muerto.

El teléfono sonó una sola vez. El director adjunto de la CIA miró la pantallita y levantó el auricular con su manaza, pero permaneció en silencio.

—Ya está —susurró el hombre, apoyado contra la pared y repitiendo las palabras que había pronunciado docenas de veces a lo largo de los últimos años.

—Bien —susurró el hombre de la CIA. Se hallaba en el centro de la estancia, donde la única fuente de luz eran los fríos rayos que proyectaba la luna desde el cielo nocturno.

—¿Tiene...?

—Lo tengo. —El asesino apretó el asa de una gastada maleta, que colocó delante de él.

—Llamaré al jefe enseguida. El resto del dinero le será transferido por la mañana.

—*Merci.*

2

No cabía duda al respecto. El hombre sentado en una roca, acurrucado en un estrecho agujero, observaba un convoy de tres vehículos avanzar lentamente por un terreno árido. Tenía ganas de pelea. Control. Lo percibía, lo sentía, lo saboreaba. Lo tenía en las puntas de los dedos. Poder absoluto. Resultaba extraño que algo que él buscaba desde hacía tanto tiempo estuviera tan a menudo conectado con la rutina. Sí, había trabajado por ello, con diligencia. Soberanía. Soltó un gruñido. Vaya estupidez...

Prefería ir despacio, desmenuzar los trozos poco a poco, evitando cambios repentinos del poder nacional al federal. Y ¿por qué no regresar al período anterior a Hobbes? La Edad Media tenía mucha más humanidad, y una diversidad de identidades que en la actualidad podría constituir un modelo. La Edad Media es hermosa. Poderes sin territorios, sin soberanía. El totalitarismo no existirá. La democracia no necesita ninguna clase de soberanía. Necesita un mundo de regiones y ciudades, sin estados-nación soberanos que defiendan el bienestar general. Más bien una estructura imperial, una nueva Edad Media con una esperanza de vida, una pobreza y una población acordes.

Los vehículos eran tres camiones con matrícula de California, indistinguibles de cualquier otro que pasara un día cualquiera por la zona. Poco a poco, el Hombre Poderoso se concentró en el camión que iba delante. Intrincadas interdependencias humanas. Poder y riqueza. Un antídoto perfecto para seleccionar los montones de mentes inexpertas influenciadas por necesidades

elementales. El colapso financiero mundial destruirá la riqueza, acabará con el nivel de vida de todos y deshumanizará a la población, convirtiéndola en un rebaño de ovejas todavía más asustadas que ahora.

El hombre se puso de pie en la roca.

Permaneció un instante inmóvil bajo los silenciosos tilos. La integración del mundo debe ser el objetivo primordial de cualquier cultura progresista, y donde los gobiernos han fallado, los industriales triunfarán. Debemos tener una aristocracia selectiva, no de privilegios, sino de entendimiento y propósito. De lo contrario, la humanidad fracasará. «La codicia es buena», dijo en voz alta mientras entraba en el campo visual de los faros y se dirigía al convoy.

—Esta noche va a reunirse con uno de nuestros hombres en Shawntee.

—Estará contento, Jefe.

—Un día este joven morirá. Cáncer, un ataque cardíaco, leucemia, Parkinson, vete a saber. —El hombre al que llamaban Jefe hizo una pausa—. Sólo queremos realizar un pedido urgente ante esa deseable eventualidad.

El timbrado de un teléfono interrumpió la conversación.

El Jefe buscó en el bolsillo y sacó un móvil.

—¿Sí? —Su voz sonaba brusca y áspera.

—Ya está —contestó, todavía oculto, el hombre de la CIA. Se llamaba Henry Stilton, director adjunto de la Agencia Central de Inteligencia. Era alto, desgarbado, e iba impecablemente vestido. En su rostro anodino destacaban una barbilla hendida y unas cejas pobladas.

—Bien —dijo el Jefe, mirando de soslayo a su izquierda. Entornó los ojos mientras rememoraba recuerdos invisibles.

—Esto significa, literalmente, que se ha llevado los códigos a la tumba. —Echó whisky en un vaso.

El hombre al que llamaban Jefe se volvió.

—Sin ese dinero el gobierno no tendrá más remedio que devaluar el dólar para evitar el desastre inmediato. —Entornó los

ojos, irritados por el humo del tubo de escape—. Un colapso del valor del dólar causaría, en el planeta entero, una implosión simultánea de las economías nacionales.

—Estamos un paso más cerca. Un nuevo sistema monetario mundial. —El hombre de la CIA eructó ligeramente mientras sacudía la cabeza—. Los que dirigen los mercados monetarios controlan el mundo.

—Un nuevo orden mundial. Nos hallamos al borde de una nueva edad de las tinieblas global, que durará generaciones. Al final, sólo sobrevivirá una minoría relativamente pequeña de la población del planeta.

—Quizá lo estemos celebrando demasiado pronto. ¿No es posible que el gobierno tenga otras opciones? —preguntó el director adjunto de la CIA, que hacía girar el vaso en la mano como si fuese algo que él mismo había fabricado y de lo que se estuviera despidiendo.

—Lo que se ha propuesto casi equivale a tomar cianuro como remedio para el mal aliento —contestó el Jefe—. El género humano es la influencia más poderosa para las formas deliberadas de cambio progresista a estados superiores. Por eso se debe asfixiar a los primates superiores.

—Hundiendo los mercados mundiales —señaló el hombre de la CIA, que sonrió tranquilamente aunque estaba inquieto.

—El dinero no tiene valor económico intrínseco. Es un medio para alcanzar un fin deseado.

—Ya sabe lo que dicen, ignorancia no es lo mismo que inocencia —comentó Stilton, y soltó un suspiro.

—Hummm, llame a Lovett y manténgame informado. —El Jefe colgó el teléfono—. Vamos.

—Sí, Jefe.

Se abrió la portezuela del conductor; el hombre subió y encendió las luces. Menos de diez segundos después, los vehículos habían desaparecido.

Reed introdujo en su boca el último y succulento bocado de pan negro con una montaña de salsa de arándanos, tomó una

última copita de champán y ocupó su sitio tras una mesa ovalada de caoba hecha a mano. Era el guardián de la cripta. Un número de cuenta. No, *el* número de cuenta. Era responsabilidad suya. Más que el dinero en sí, lo que lo excitaba era el impropio número de ceros que había detrás de la primera cifra. Concentraba la atención en ellos. Ah, la emoción del descubrimiento, la exaltación de la riqueza, el conocimiento del poder...

Reed sentía que el dolor le abrasaba los ojos y las sienes y se desbocaba hacia abajo, hasta clavársele en el pecho. Tenía la mirada fija en la pantalla. El estruendo procedía de su interior, pero al principio había sonado más bien apagado. Cerró los párpados con fuerza, contó hasta cinco, hasta diez, y luego los abrió, plenamente consciente del súbito temblor que lo inmovilizaba por momentos. 0.000000000. Cero. Cero dividido por cero, más cero, multiplicado por cero. De repente, Reed fue presa de convulsiones borbóricas. Un segundo destello confirmó que algo desafinaba.

Y ahora, mientras miraba boquiabierto la enorme pantalla de su ordenador y trataba de comprender, intentó procesar el hecho de que una suma de dinero muy elevada... no, muy, muy elevada... no, fantasmagórica, había desaparecido de su ordenador. Clavó de nuevo la mirada en la pantalla, empotró la silla contra la mesa de caoba, se frotó los ojos, sacudió la cabeza, pulsó varias veces la tecla de retorno, hizo una pausa, la pulsó unas cuantas veces más. Por fin, decidió apagar el ordenador y volver a encenderlo. «No puede ser», murmuraba a través de los dientes apretados. El vértigo que sentía junto a aquel abismo lo empujó hacia delante. Como en estado de trance, tecleó la jota mayúscula, luego la *i* griega minúscula y los números 5, 7 y 2, asterisco, 4, el símbolo del dólar y finalmente el signo de interrogación. Contraseña aceptada. Su cuenta bancaria estaba a cero. Tiene usted cero dólares en su cuenta. Reed se limpió el sudor de la frente, se secó las manos en los pantalones, cogió el teclado con ambas manos. Tenía que recuperar la cordura concentrándose en cosas pequeñas. Verificar la cuenta. «Quizás el número de cuenta esté equivocado. Eres presidente de Citibank. Conoces miles de números de cuentas.»

Reed buscó en el cajón superior y sacó una gruesa libreta con tapas de cuero negras. La abrió por la página 47, dolorosamente consciente de las gotas de sudor que corrían... no, que manaban por la parte posterior de su cuello. «Empieza otra vez. Cero. Tienes cero dólares en tu cuenta corriente.»

Era una noche fría y lluviosa de febrero y el viento se colaba por la ventana entreabierta. «Tranquilízate. Esto tiene una explicación lógica. Tranquilízate, he dicho. Sí, sí, me tranquilizo. Debo tranquilizarme.» Se lavó la cara, se cambió de ropa, se sirvió otra copa y volvió a empezar.

«Cero. Tienes cero dólares en tu cuenta corriente.» Temblando de arriba abajo, se apartó de la mesa, se puso de pie y echó a andar por el pasillo hasta la puerta principal. Cero. Cero. Cero. Cero. Cero. Cero. Cada cero proyectaba una sombra fatal sobre sus sentidos.

«Cero», murmuró Reed cuando llegó al final del pasillo. «Cero», repitió mientras salía al exterior. Era consciente de que le temblaban las manos. Se detuvo un momento y respiró hondo, sujetándose la manga derecha con la mano izquierda.

«Ordenador averiado. Vete a la cama. Mira, es imposible. Se trata de un sistema blindado. Quién iba a atreverse... Soy John Reed... en caso de que ya no sea lo bastante lúcido para recordar quién es John Reed, era... no, es y será. Vaya estupidez.»

Con un gesto muy suyo, Reed sacudió la cabeza con vehemencia. De pronto, una leve sonrisa brilló en su boca.

«Ordenador averiado. Ordenador averiado. Ordenador averiado...», mientras llegaba al pie de las escaleras.

Entonces sonó el teléfono. Reed levantó el auricular con desgana.

—¿Sí? —Su voz sonaba como si flotase en medio de un sueño angustioso.

Tras un breve silencio, alguien dijo:

—Perdone, señor. Ciertos caballeros desean que acuda en persona, y cuanto antes, al lugar habitual.

Se oyó un clic y se cortó la comunicación.

Teresa, un valle rodeado por montañas ricas en mármol, es una de las zonas menos interesantes de Rizal, en las laderas de Sierra Madre, la cordillera más larga de Filipinas. De hecho, podría no haber existido si no fuera por el arroz que se cultiva en terrazas desde hace siglos, en medio de los llanos del oeste y las onduladas colinas y escarpadas crestas del este.

John Reed, presidente de Citibank, conocía bien el terreno. Estuvo ahí, sesenta años atrás, a las órdenes del general MacArthur. Lo vio de primera mano. Área de operaciones: el Pacífico. Poco después de la guerra formó parte de una expedición secreta encargada de encontrar el tesoro y traerlo a casa. Los condujeron con los ojos vendados hasta una zona próxima al lago Caliraya, en Lumban, Filipinas. Les ordenaron cavar sin preguntar por qué ni para qué. Trabajaban de noche. Se avanzaba a duras penas. Todos los túneles estaban llenos de trampas y callejones sin salida que dificultaban y retrasaban la excavación. Su equipo de búsqueda había tardado ocho meses en encontrar la primera cámara del tesoro, situada a sesenta metros bajo tierra. Los japoneses lo habían enterrado y habían dejado señales extrañas en las rocas, a fin de ocultar la verdadera ubicación del botín.

«Sesenta años atrás.»

Abrió la puerta, salió a la galería y se quedó mirando el colorido *collage* que veía desde el magnífico ático que daba al río Hudson, en pleno centro de Nueva York. Y lo que contempló ese día le pareció una estampa de colores exquisitos, una benévola definición de realismo enjaulado, como metáfora de la forma artística y, al mismo tiempo, del destino humano. Su destino.

«Ojalá supieran...»

Sólo unos cuantos privilegiados sabían que Teresa formaba parte de la mayor conspiración de la historia de la humanidad, una leyenda susurrada entre quienes conocían el alucinante tesoro que fue robado y escondido por el Ejército Imperial japonés en retirada durante los días más duros de la Segunda Guerra Mundial.

«Un millón trescientas mil toneladas métricas de oro.»

Se sirvió una copa.

«El equivalente a seis coma cuatro trillones de dólares. ¿Hay alguien capaz de concebir una cifra tan extravagante?»

La cantidad de oro era diez veces superior a las cifras de las reservas oficiales de todo el mundo proporcionadas por el Banco Mundial. El hecho de que existiese tal cantidad de oro fuera de los circuitos oficiales resultaba increíble, pensó John Reed. Que un puñado de gobiernos lo bastante afortunados para saber la verdad hubiera guardado el secreto, era algo extraordinario.

«Seis coma cuatro trillones de dólares escondidos en los agujeros más profundos de las junglas de Sierra Madre», murmuró para sí, convirtiendo en palabras sus pensamientos.

Reflexionó sobre el hecho de que el oro, al igual que ocurre con los diamantes, es mucho más común en la naturaleza de lo que la gente cree. Si alguna vez llegaba a conocerse la verdad, ésta destruiría la economía mundial, porque la mayoría de los países todavía utilizaban el patrón oro como respaldo de su moneda.

Se le ocurrió pensar que la naturaleza es bella pero no tiene nada de coherente. Ojalá pudiera hacer retroceder el tiempo. ¿Por qué es tan escurridizo? El futuro no viene después del presente en línea recta desde el pasado, ni tampoco el presente es una línea recta. El futuro es imaginario y siempre puede ser anulado.

«Sobre todo si deciden matarme.»

Una parte del oro de Filipinas, el equivalente a unos cuantos billones de dólares, fue embarcado a Génova a bordo del portaaviones *President Eisenhower*, y después trasladado a diversos bancos de Suiza en un convoy fuertemente protegido.

El resto... un secreto envuelto en misterio, guardado tras mil cerraduras de criptonita desde principios de la década de 1960, custodiado por cincuenta y cuatro fideicomisarios, en depósitos de Teresa y en las montañas selváticas de Irian Jaya, Indonesia. Los fideicomisarios trabajaban de manera independiente, sin conocerse unos a otros. Pero estaban coordinados por una serie de directores del complejo industrial-militar, quienes a su vez eran controlados por su superior jerárquico. Y por encima de ellos, en el vértice de la pirámide, Octopus: menos de una docena

de miembros, estrechamente unidos y financieramente entrelazados. Los controladores de la riqueza del planeta, hombres cuyo poder hacía girar el mundo.

Reed tragó saliva y puso mala cara. Durante varios segundos siguió mirando al frente. El gobierno utilizaba el oro oculto en Suiza como garantía monetaria de un programa comercial extraoficial con derecho ilimitado de giro sobre los depósitos. El dinero, poco más de doscientos veinte billones de dólares, estaba depositado en treinta cuentas de Citibank. Su banco. Otra pausa. Se le crispó el rostro. De todos modos, el gobierno no era la única entidad con acceso a ese dinero.

Mediante cuentas espejo al margen de los libros, Octopus también sabía sacar provecho del dinero del gobierno, utilizándolo para acaparar los mercados mundiales mediante fusiones y adquisiciones, con tapaderas y manipulando precios. Los pensamientos de Reed eran como piedras que caían en agua estancada. El gobierno... y... Octopus. Intereses entrelazados, objetivos diametralmente opuestos. Bien, alguien había robado el dinero, y el mundo podía sufrir una desintegración financiera. Reed estaba citado a declarar, y Octopus quería respuestas... que él no tenía. El mensajero había sido muy correcto, pero en su voz había algo inexplicablemente violento. Algo que hizo a Reed desear que fuese otro quien tuviera que enfrentarse a ellos.

—Personalmente, me sorprende que pase algo así estando JR de guardia —soltó con un bufido un individuo situado justo a la izquierda del hombre al que llamaban JR. Henry Stilton era director adjunto de la CIA. JR era, en efecto, John Reed, presidente de Citibank—. A estas alturas, ni siquiera podemos empezar a calibrar las consecuencias.

Stilton contaba sesenta y pocos años y había sobrevivido a tres administraciones presidenciales. Sacudió la ceniza de su puro cubano y miró desafiante a los presentes, como si esperase que al menos uno lo contradijera.

Además de Stilton y JR, había otras dos personas sentadas a una mesa de reuniones de caoba en forma de U, en una estancia

especialmente insonorizada cuya intimidad estaba garantizada por un blindaje de Faraday e interceptores de radiofrecuencia de banda ancha.

—Henry, no insinuarás que en nuestras medidas de seguridad hay deficiencias o falta de supervisión. ¿Verdad? —John Reed tenía una voz de barítono profunda y melosa, acentuada por años de tabaco y bebida.

«Bud», para sus amigos, era un conservador reaganiano de setenta y cinco años, con lo que superaba en edad a todos los presentes. En los pasillos del poder se decía que, si antes era más fácil ver a un presidente de Estados Unidos que a Bud Reed, ahora era claramente distinto.

—Bueno, no sé, Bud. ¿Cómo lo llamarías tú? Tienes más agujeros que un colador. No lo tomes como algo personal. Me ciño a los hechos.

—Caballeros, melodramas aparte, estamos en un aprieto de esos que pasan una vez en la vida y en el que, lamento decirlo, ojalá yo nunca me hubiera visto implicado.

El hombre se quitó el abrigo cruzado de pelo de camello y lo colgó pulcramente en el respaldo de su asiento. Hablaba con suavidad, como si escuchase el sonido de su voz, acariciando cada sílaba al deslizarse de su boca. Con cincuenta y tres años, era el más joven del grupo, vicepresidente de Goldman Sachs y presidente honorario del poderoso Grupo Bilderberger. No era sobrino de nadie. Tampoco había estudiado en Yale. De hecho, no había completado los estudios universitarios, pero tenía un gran talento para las finanzas. Su nombre era James F. Taylor. La «F» correspondía a Francis, el apellido de soltera de su madre. Sabía de qué hablaba. Nadie en la mesa podía dudarle.

Reed arrugó la nariz y parpadeó unas cuantas veces.

—El sistema es hermético —insistió.

—¿Ah, sí? —intervino un hombre calvo y fornido de Tejas—. Entonces, ¿dónde está el dinero?

Oficialmente, era un analista de alto rango del Departamento de Estado. Extraoficialmente, ocupaba un puesto de responsabilidad en la Unidad de Estabilización Política, una rama de los servicios de inteligencia de Estados Unidos conocida como Ope-

raciones Consulares. Su nombre era Robert Lovett. Lo describían como «arquitecto de la Guerra Fría» y había sido ejecutivo de un viejo banco de Wall Street llamado Brown Brothers Harriman.

—Es hermético, ¡creedme! —Dio un puñetazo sobre la mesa.

—Puedes repetirlo *ad nauseam*, Bud. Sólo falta que te quites la ropa como en el sesenta y ocho para demostrar tu sinceridad...

—Dadme un tiempo y lo recuperaré. Lo juro.

—Mejor que así sea —replicó Taylor—. De lo contrario, la desaparición del dinero provocará el hundimiento de la economía mundial.

—Yo haré...

—Bud, ese dinero es el mecanismo de control de los intereses financieros de Octopus —lo interrumpió Stilton—. Es decir, nuestros intereses privados, en caso de que no lo hayas entendido.

—O sea, un instrumento de peso y una salvaguarda contra las políticas económicas de los gobiernos soberanos —apuntó Taylor.

—Bud, ¿cómo demonios se supone que vamos a construir un imperio si no tenemos ni un centavo a nuestro nombre? —dijo Lovett. Hizo una pausa y añadió—: En este momento somos un imperio de víctimas. Señor, vaya mierda... —Se dio una palmada en la rodilla—. A mí, por lo pronto, no me gusta ser víctima, Bud. Así que sé bueno con nosotros y encuentra ese dinero.

—¿De cuánto estaríamos hablando? —inquirió Stilton, para a continuación levantar una reluciente bota sobre el brazo del sillón y apretar la boca.

—¿Una cifra aproximada? En torno a doscientos billones —contestó Taylor.

Stilton se rascó las axilas, pensativo.

—No se preocupen, caballeros —dijo Reed—. En cuanto averigüemos cómo lograron los autores anular los múltiples sistemas de seguridad y apoderarse de nuestros fondos, tendremos una idea clara de dónde se encuentran. —Tragó saliva—. Apostaron fuerte y les dio resultado. En cualquier caso, el dinero no es el factor determinante de la riqueza. Pero sí nuestro poder.

—Bud, tu argumentación hueca es propia del positivismo lógico, con una huella característica no de un pensador original sino de un sicofante bizantino. —Taylor le apretó el brazo contra su cuerpo—. Tienes una semana para encontrar el dinero.

Reed se liberó impulsivamente.

—Una semana.

